

## **LA GENERACION REBELDE EN LA LITERATURA CATALANA**

Alex Broch ha sido el primero en trazar un perfil de lo que podríamos llamar la generación rebelde en Catalunya. Siguiendo el esquema generacional dictado por Petersen, Broch sitúa la fecha de nacimiento de los escritores de esta generación en torno a los años 1939-1955. Se trata, por tanto, de la primera generación de la posguerra española. Una generación marcada por un sistema político y social y por unos valores éticos perfectamente definidos: educación religiosa, represión sexual, nacionalismo españolista, anti-comunismo, autoritarismo, ley y orden social, importancia de la familia, etc...

El periodo de formación de esta generación se situaría entre los años 1966-1975, es decir, los últimos años del sistema franquista. La primera fecha se corresponde al año de la "capuchinada" en Barcelona. El encierro en el convento de los Capuchinos de Barcelona el 9 de Marzo de 1966 supuso el primer "acto público" de una oposición democrática y nacionalista que hasta entonces había permanecido encubierta, y significó para los jóvenes que vivieron aquellos acontecimientos una definitiva "toma de conciencia" política. A partir de este momento los acontecimientos se sucedieron: Mayo francés de 1968 y manifestaciones en Cataluña, formación de la Asamblea de Catalunya, proceso de Burgos de 1970 y encierro de los intelectuales catalanes en Montserrat; fusilamiento de Puig Antich en 1973; muerte de Franco y triunfal regreso de Tarradellas en 1976... Este es el marco histórico en el que se desarrollan las primeras novelas de Montserrat Roig.

Otra de las características que señala Broch, siguiendo el esquema generacional de Petersen, es la importancia de un "guía" o predecesor que toda generación necesita a la hora de orientar sus primeros pasos. Más que ningún otro, la figura de Josep Maria Castellet podría señalarse como la persona cuyo magisterio orientó los pasos de esta generación, en terrenos tan diversos como la poesía, el ensayo o la novela misma.

Toda generación necesita también un lenguaje en común, es decir, un sistema expresivo que identifique y aglutine a todos sus miembros. En el caso de esta generación podríamos decir que el nexo en común que tenían fue su rebeldía generacional, la ruptura total y violenta con el mundo de sus padres y el sistema franquista en el que se habían criado. Ello generó unas formas expresivas que tienen en común la ruptura violenta de las formas expresivas anteriores, la voluntaria "transgresión" de todos los límites, es decir, de todos los valores que la sociedad había impuesto.

En este sentido, habría que hacer una importante diferenciación entre lo que estaba ocurriendo en Barcelona y lo que ocurría en aquellos años en Madrid. La búsqueda de la "transgresión" era, desde luego, la nota dominante en los jóvenes escritores que, en aquellos años, empezaban a escribir sus primeras novelas. Pero en Madrid esta transgresión se manifestaba sobre todo en el terreno formal. Francisco Umbral, que podría considerarse como el miembro más viejo de esta generación, se manifestaba en contra de la novela como género literario, rechazaba así la larga etapa de realismo social que durante tantos años había primado en la narrativa española y buscaba nuevas fórmulas narrativas, inspiradas en la antigua picaresca. El Giocondo (1970) es la novela de "transgresión" por excelencia, en el sentido de que en ella se están continuamente transgrediendo los límites que separan "vida" y "literatura". Igual preocupación formal muestra Guelbenzu en El Mercurio (1968) que, más que una novela, es una reflexión sobre el género narrativo en sí mismo. De la novela como testimonio de la realidad se pasaba a la novela como forma de auto-conocimiento, siguiendo el esquema trazado ya por Cortázar en Rayuela (1963).

En Barcelona, esta novela de la "ruptura" y la "transgresión" adquiría un cariz muy distinto. Era una novela mucho más "engagé" no tanto en el sentido estrictamente político de la palabra sino en un sentido más amplio. Terenci Moix puede considerarse como el primer escritor "transgresor" de esta nueva generación literaria catalana. Desde El sadismo de nuestra infancia (1970), pasando por Mon Mascle

(1972) hasta culminar en La increada conciencia de la raza (1973) su obra puede considerarse como un tremendo alegato no ya contra el franquismo y su sistema de valores sino contra la misma burguesía catalana que, en aquellos momentos, estaba en pleno despertar nacionalista. Se equivoca Alex Broch al señalar que, en aquellos años, "no hi havia cap esclatxa greu en el teixit social catalá". La publicación de las novelas de Moix y el escándalo que causaron en la burguesía bienpensante catalana demuestra, muy a las claras, que la "transgresión" de Terenci no era sólo contra el sistema político impuesto desde Madrid, sino contra toda una sociedad y unos valores compartidos también por la burguesía barcelonesa.

En el caso de Montserrat Roig, la ruptura formal tampoco se produce. Al contrario, Roig se muestra partidaria de la novela en sus formas más tradicionales, acercándose incluso al tipo de narrativa propio del relato decimonónico. En sus tres primeras novelas desarrolla una extensa "saga familiar" de la familia Miralpeix-Claret. La "transgresión" no está aquí en el terreno formal sino más bien en la óptica desde la que Montserrat Roig contempla el devenir de una familia catalana durante todo un siglo. Roig contempla la historia desde un punto de vista femenino, contempla a la mujer como víctima de una historia escrita por hombres. Esta visión de la mujer como "perdedora" en la historia explica la afinidad que Roig siente por otros personajes perdedores, como el largo trabajo que dedica a los catalanes en los campos de concentración nazi.

Resulta inevitable comparar la obra de Montserrat Roig con la de su más ilustre predecesora en la narrativa catalana, Mercé Rodoreda. Roig ha admitido en más de una ocasión la gran deuda que tiene hacia Rodoreda. Y, sin embargo, salta a la vista que, a pesar de que se trata de la obra de dos mujeres de la burguesía catalana, su obra es radicalmente distinta. Rodoreda es la gran narradora de la femineidad, o mejor dicho, desde la femineidad. La "mirada" esencialmente femenina de Rodoreda lo impregna todo, tanto la descripción como la acción misma de sus obras. Podríamos decir que Rodoreda es femenina sin proponérselo, que su femineidad es espontánea y natural y se trasluce en cada una de las palabras de sus novelas.

De la "femineidad" de Rodoreda pasamos al "feminismo" de Roig. La "femineidad" es una condición; el "feminismo" una atribución, una toma de conciencia, si se quiere, de la propia "femineidad", una reivindicación. Por eso Roig, a diferencia de Rodoreda, escribe con beligerancia. Si Rodoreda escribe sobre la relación de los sexos, Roig es-

cribe sobre la guerra de los sexos, una guerra en la que, tal y como apuntábamos antes, la mujer suele ser la perdedora. Dicho de otra manera: Roig, que toma a Rodoreda como su "maestra", la supera y, en cierto modo, la rechaza. De la mujer-pasiva de Rodoreda pasamos a la mujer-activa de Roig, la que pretende erigirse en protagonista de su propio destino aunque éste no sea precisamente halagüeño. Es interesante constatar que en sus últimas obras (La Opera Cotidiana, La Voz Melodiosa), escritas ya en los años ochenta, Roig reniega de su feminismo radical, y se acerca de nuevo a aquella "femineidad" propugnada por Rodoreda. Se produce así una "reconciliación" entre "maestra" y "discipula", que suele producirse en el período de madurez de esta última, tal como señala Harold Bloom (The Anxiety of Influence).

Terenci Moix y Montserrat Roig, desde la homosexualidad y el feminismo, efectuaron lo que podríamos llamar la "revolución sexual" en la narrativa catalana. Fueron la punta de lanza de una nueva generación de escritores catalanes que hicieron de la "transgresión" su arma de combate. Los que les siguieron (Oriol Pi de Cabanyes, Quim Monzó, Biel Mesquida etc...) situaron la transgresión en otros terrenos (la política, la ética o los límites y el concepto mismo de la narrativa). Todo ello sería tema para una nueva ponencia.

RAMON BUCKLEY

(Center for International Studies Madrid)